NECROLOGIA

DON JACINTO HIGUERAS

POR

JOSE FRANCES

D. JACINTO HIGUERAS.

Nuestro compañero nació en Santisteban del Puerto, provincia de Jaén, el 22 de febrero de 1877.

No siempre en el desandar camino de una vida ilustre el biógrafo halla el contento desinteresado de los progenitores frente a la sorpresa de un afán distinto al que ellos se dieron por entero. Pero esta vez, sí. Los padres de Jacinto Higueras estimulan, no recortan ni traban la suerte ilusionada del hijo; la insólita aventura de irse al mundo con lápices, pinceles y corazón. Nada más. Porque el mozo, que sería escultor con el tiempo, iba para pintor, y más antes le hechizaron alma y manos el embrujo de la música, cuando su precoz adolescencia.

Llega a Madrid a los diecisiete años, con la voluntad deseosa de acercarse a D. Federico Madrazo y suplicarle enseñanza. Pero coincide su arribada a la Corte con la muerte del ídolo ensoñado desde el remoto pueblecito andaluz. Colgaduras negras y la bandera encresponada en los balcones de este mismo edificio, donde el mozo jienense había de entrar con todos los honores medio siglo después.

En la rotonda del Museo del Prado, bajo el Cristo de Velázquez, metido en un féretro, entre luces lívidas y flores pomposas, se exhibía el cadáver del director de la Real Academia de San Fernando y del Museo Nacional, aquel viejecito de perilla blanca y finas gafas de oro, cronista pictórico de las elegancias e inteligencias de su tiempo.

Higueras se sintió como desamparado y extraviado. Alguien le sugirió que sus dibujos eran más de escultor que de pintor. Y probó fortuna en el estudio de Querol, donde estuvo tres años. Luego entró

en el estudio de Benlliure, donde trabajó como ayudante cerca de nueve. Su juventud, apasionadamente modesta, no sentía acuciamiento ni prisa de ser libre. Amaba a su maestro con un fervor que los años no han disminuído. Como a la orilla de un suave regato en las moradenzas del crepúsculo, se le iba el tiempo entre sueño melancólico y resignación quieta.

La Diputación de Jaén le pensiona; surgen los primeros encargos, y, finalmente, la ocasión abierta al buen porvenir del primer monumento: el conmemorativo de *las Batallas de las Navas de Tolosa y de Bailén*, donde muestra ya un brío, un ímpetu realista, que no perderá nunca, aunque después surgirá en él la sensibilidad de un gran místico, del creador de la talla *San Juan de Dios*, que diputo por una de las obras maestras de la escultura religiosa española de todos los tiempos.

Se suceden los monumentos públicos: el del poeta del *Dos de Mayo*, Bernardo López García; el del filántropo Bernabé Soriano, el de Ortí Lara, en Marmolejo; el de Pablo Arredondo, de Baeza. Se define, además, como retratista de enérgica y sobria ejecución; inicia la serie de imágenes religiosas. Y en el dintel de su madurez enguirnalda los primeros laureles oficiales, la segunda medalla de la Nacional de 1910, por un relieve a los destinados al monumento de las Navas de Tolosa; la medalla de oro de la Internacional de Panamá, en 1916, por la recia cabeza, de romana estirpe, *Manijero andaluz;* la medalla de oro, en fin de la Nacional de 1920, por *San Juan de Dios*. A partir de entonces, los ecos gloriales y los testimonios plásticos de su arte se amplían y dilatan por España y fuera de España. Monumentos suyos en América, imágenes suyas en los templos patrios. Una fértil cosecha de belleza es el premio a una capacidad entusiasta y serenamente española.

Jacinto Higueras pertenece, por edad y derecho de personal valía, a una generación de grandes escultores españoles, de los que, continuadores de aquellos que aureolan juveniles las postrimerías del siglo XIX

—y algunos de los cuales, Benlliure, Marinas, por ejemplo, sostuvieron intacto su prestigio en la vejez fuerte—, dan a nuestra estatuaria actual acentos diversos en la polifacética armonía: los Capuz, los Victorio Macho, los Huertas, los Casanovas, los Asorey, los Marés, los Adsuara, los Marco Pérez, los Laviada, los Pérez Comendador, los Planes... Higueras no fué nunca un artista vocinglero y exhibicionista; no hizo del vivir propio una desmedida parodia del ejercicio profesional, ni buscó en la excesiva mezcla a la multitudinaria convivencia, reclamos o complicaciones pingües.

Pienso ahora, para él, en dos consejos de Palacio Valdés: "Vive solitario, vive solitario... No vivas demasiado solitario." "Para ser un buen literato es necesario no ser literato; esto es, se necesita vivir todas las vidas posibles, excepto la vida literaria." Así, Jacinto Higueras vivió solitario, pero no demasiado solitario, y no vivió la vida que llaman artística. Fué el hombre de su hogar y de sí mismo. Y supo llevar eso a su arte, no el arte a aquéllo. ¿Se comprende bien el sentido de esta norma excelente? Merced a ser así Jacinto Higueras, ha creado una obra armónica de concepto, limpia y pura de expresión, dotada del derecho a sobrevivirle en lo futuro. Se estimaba en él su noble modestia, que no era cobardía ni pobreza de espíritu, su fervor encendido de místicos fulgores y aquel filial respeto a la ejemplaridad latina y a la enseñanza de los imagineros españoles. Cuando la medalla de Oro otorgada a su *San Juan de Dios*, ratificó definitivamente el prestigio legítimo de Higueras; el escultor tenía ya detrás de sí un historial ajeno a todo lo que no fuese valor propio y a cuanto significa en otros artistas simulación de cualidades efímeras, adulonas del gusto extranjerizo. ¡Oh, aquel fraile orante, tallado directamente en la madera con la gubia segura y el corazón tembloroso! Era un poema plástico todo sencillez y grandeza, un ahincarse en el alma de nuestra raza y de nuestra fe, un himno a la abnegación y al sacrificio viriles. Una lección, además, de maestría técnica. Tal como se ofrecía a nuestros ojos,

elevado al cielo el rostro ascético, queriéndose meter en el pecho, con opresión tiernísima, la Cruz; adivinándose bajo el hábito la anatomía del santo enflaquecido, aquel poema en madera desnuda, sin estofados ni policromías —santo no para verlo de abajo arriba, en un altar, sino a ras de nuestro suelo y junto a nosotros, resucitado por el arte sincero y sabio— el *San Juan de Dios* de Jacinto Higueras, marcó un hito de energía sensitiva en la historia de nuestra escultura moderna. Pero no se habría llegado a lograrlo así a no tener cuanto el artista poseía ya y hubiera de ampliar después. Porque en Jacinto Higueras había una gran sensibilidad humana y una profunda didascalia artística. Dibujaba, dibujaba del modo que preconizó Augusto Rodín: "El punto de partida de la escultura —decía el magno estatuario francés— es el dibujo; pero un dibujo perfeccionado. El escultor es, ante todo, un dibujante de tres dimensiones. El relieve existe para él materialmente." Ese dibujante de las tres dimensiones era Jacinto Higueras. Sus retratos vivientes, prodigiosos de parecido, sus testas, de una robustez clásica, que da a los manijeros y labrantines andaluces una señoría y majestad de cónsules, senadores y mílites del siglo de Augusto, placean el estilo del constructor que no vacila.

Pocos escultores modernos alcanzan esa certeza, ese poderoso realismo exterior e interior, de faz y de espíritu, que Higueras en los retratos viriles. Y es porque hablaba ante el modelo, de hombre a hombre, sin mentir, ni adular, ni soñar; la mirada bien abierta y la mano reciamente segura. La otra condición de Higueras fué la de estar en la espina dorsal de la imaginería española con toda legitimidad .

Es el místico del Sur, el que sabe y siente bien aquella formidable declaración de San Agustín: *Nihil in Spiritu quid primum in sensus fuit.* "Nada hay en el espíritu que no estuviese antes en los sentidos." Así, él asocia, plasma en el mundo de las formas el otro sensorial y sensual. De aquí la fuerza emotiva, la suprema fusión de lo humano y lo divino en las imágenes de Vírgenes y Cristos de Jacinto Higueras,

y que fué el secreto de los Montañés —a quien consagró con sentimiento y conocimiento su discurso de ingreso como Académico de San Fernando, hace diez años—, y fué, sobre todo, el maravilloso ejemplar humano que me parece estar plenamente resumido en su estatua del Padre Almansa, modelo de la más tierna humildad y cuya hombría pudiera ostentar aquella justa afirmación que de sí mismo hizo Antonio Machado, el más grande de los poetas de nuestro siglo:

"... pero la fuente brota de manantial sereno,
y más que un hombre al uso, que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra bueno."